CONSECUENCIAS HISTÓRICAS Y SOCIALES DE LA REFORMA

POR

D. Jaime Torrubiano Ripoll

ES. 7

MADRID
1928

CONSECUENCIAS HISTORICAS Y SOCIALES DE LA REFORMA

CONSECUENCIAS HISTÓRICAS Y SOCIALES DE LA REFORMA

Conferencia dada por

D. Jaime Torrubiano Ripoll

en la conmemoración del aniversario de la Reforma organizada por la Unión Cristiana de Jóvenes de Madrid el día 5 de Noviembre de 1927.

MADRID
IMPRENTA DE B. IZAGUIRRE
Calle de Churruca, 17
1928

Señoras y señores:

Mi presencia en este lugar y con motivo de celebrarse el aniversario del mayor acontecimiento histórico, después de la Redención, que registran los anales de la Humanidad, es tan honrosa como extremadamente delicada. Es honrosa, porque significa gran estima, no por otorgada merecida, de un importante sector de opinión española y de otro sector incomparablemente más importante del otro lado de la frontera. Es extremadamente delicada, porque el lugar es un recinto protestante, y el auditorio en su gran mayoría protestante, y el acontecimiento conmemorado la gran Reforma Protestante, y yo, por otro lado, soy católico, y, aunque la disciplina canónica de mi iglesia no me prohibe esta comunicación presente con los heterodoxos, que es comunicación *in humanis,* sino tan solamente la comunicación *in divinis,* sin embargo el ambiente de mi iglesia, en su comunidad española, es vehementemente hostil, ferozmente hostil a toda relación con el que a todas horas y en todos los

tonos llama—doloroso me es decirlo—con evidente falta de caridad cristiana y de táctica expansiva, el maldito protestante, a quien desde niños se nos enseña a odiar como al supremo mal.

Mis concomitancias con los heterodoxos.

Pero yo, que públicamente no he dudado en manifestar mi adhesión a muchas obras y a muchas personas protestantes, no rehuso coronar con esta mi solemne participación en este acto, que conmemora la gran Reforma religiosa del siglo XVI, la obra de amor que me he propuesto en el seno de la comunidad cristiana, que tiene un solo Maestro, un solo Evangelio, un solo bautismo, y cree en las mismas divinas promesas, y a la que alientan iguales magníficas esperanzas.

Con tanta mayor inefable satisfacción me encuentro entre vosotros, cuanto externamente alejado del trato público con mi amada iglesia, por la humana incomprensión y el ensoberbecimiento idolátrico de las altas jerarquías, con nadie más que con vosotros puedo hablar de Cristo y de su Evangelio, de la civilización cristiana y de la salvación que el mundo espera de ella.

Sin embargo, a mí y a los evangélicos españoles interesa por igual que desaparezca

públicamente toda confusión respecto a mi verdadera postura en este acto. A mí por dos motivos: para evitar el que yo entendería extravío de las almas, y este es el motivo potísimo, y, además, para no romper el vínculo de unión que hoy me enlaza fuertemente al clero español infraepiscopal, con el que, indispensablemente, en un futuro próximo se ha de realizar la revolución religiosa de la Patria.

Por el lado de los protestantes, porque les interesa grandemente dar de una manera pública la nota de tolerancia, admitiendo a un doctor católico a dirigir su palabra en sus asambleas confesionales; conducta protestante que contrasta violentamente con la conducta extraviada del régimen eclesiástico de mi iglesia, ante quien la sola propuesta de que un doctor protestante hablara en nuestras asambleas, sería motivo de escándalo y causa suficiente de severa censura. No duden mis hermanos en Cristo, que este acto ha de ser comentado en las alturas jerárquicas de mi Iglesia, a cuyo conocimiento he hecho llegar yo previamente de una manera oficiosa, mediante personas eclesiásticas de la mayor intimidad con mis superiores jerárquicos, que iba yo a participar en él y la forma de rebeldía en que iba a consistir mi participación.

Hay más. El año 17 creé la biblioteca de clásicos teólogos y jurisconsultos españoles

católicos, de la que llevo publicados más de veinte volúmenes y de la que tengo en preparación muchos más. No participo yo de la totalidad del pensamiento de Victoria, de Suárez, de Soto, de Molina, de Lugo, etc.; pero todos esos doctores católicos son gigantes pensadores, todos ellos, mejor, todas sus obras, son tesoros de sabiduría española, arcas santas de nuestra tradición espiritual; por esto las doy a conocer en lengua española para difusión de toda aquella exhuberancia teológica y filosófica de la mayor reciedumbre. Pues bien: paralelamente a esta biblioteca de grandes teólogos católicos, estoy en parlamento con una importante casa editora para la creación de otra biblioteca, cuyo título será... así, con todas sus letras: *Biblioteca de los Heterodoxos españoles,* en la cual daremos a conocer y popularizaremos las obras originales de nuestros más insignes heterodoxos, las obras que quiso hacer desaparecer la Inquisición, obras que de hecho han desaparecido del torrente de nuestra tradición científica y, por tanto, son desconocidas de la casi totalidad de los que hablamos la lengua española. Verdad es que tampoco son aceptables todas las doctrinas establecidas en sus obras por los heterodoxos; pero todas ellas son notas de virilidad, son destellos vivos del genio español, que han de tener

gran influencia en el despertar de nuestra ya espiritualmente encanijada raza.

Todos esos hechos, todas esas concomitancias con la heterodoxia protestante, todos esos fervores por la comunidad protestante, todo ese fomento del espíritu que dió vida a la fecunda Reforma religiosa del siglo XVI, me obligan a mí, católico, apostólico, romano, a dar una explicación, y esta explicación va a ser esta conferencia.

Yo, contrariando la frase vulgar entre nosotros, que tanto me hiere, no tengo inconveniente en exclamar: ¡Benditos protestantes! Al fin y al cabo, ya me precedió Pablo, apóstol, cuando *en su primera carta* a los Corintios, capítulo 11, versículo 19, decía: *Oportet et haereses esse, ut qui probati sunt manifesti fiant in vobis.* Es necesario que haya herejías, porque sean manifiestos entre vosotros los que están probados.

Origen histórico de la Reforma.

No hay más que un acontecimiento, cuyos orígenes históricos sean de perfecta ejemplaridad. Este acontecimiento es la Redención. Al fin y al cabo, la Redención la realizaba quien únicamente podía realizarla, el Hombre Dios, Cristo Jesús, nuestro adorable Maestro y Señor. Todo en la obra de la Redención es

divino: divina y perfectísima la vida de Jesús, divina y perfectísima su doctrina, divinos y perfectísimos los inmortales resultados en las almas, en la vida, en la sociedad, y en la eternidad.

Los otros dos grandes acontecimientos humanos que siguen en importancia al hecho de la Redención, que son la Reforma protestante y la Revolución francesa, tienen unos orígenes históricos de poca ejemplaridad.

No es muy ejemplar la vida de Lutero; poco austeras sus obras, atrevido y violento su lenguaje, soberbia su actitud, dura su conducta con los campesinos, débil su espíritu ante los poderosos, falto frecuentemente de caridad y de humildad al estilo de nuestros jerarcas clericales.

Tampoco es enteramente clara la conducta de Zuinglio.

Calvino es conocido por su intransigencia y la dureza de su régimen absoluto de Ginebra. Beza fué obsceno. Enrique VIII de Inglaterra fué disoluto, tiránico y asesino de dos reinas, de ciento setenta y seis nobles, de dos cardenales, de dos arzobispos y de gran número de religiosos y doctores. Cranmer fué servil y adulador hasta la repugnancia... Es decir el Protestantismo se introdujo, aparte de su vigor interno, de que luego se hablará, bajo un régimen de

terror, manchado con muchos delitos, impulsado por una intransigencia que no han superado nuestros clericales, envuelto en vicios de origen que no le hicieron ningún favor, antes perjudicaron la interna fecundidad de que iba henchido. Lo mismo ocurrió después con la Revolución Francesa: surgida entre llamas, ruinas y sangre, fué mirada mucho tiempo con recelo y aun con odio, hasta que fué comprendida la magnitud de su fondo generoso.

El origen histórico en relación con el origen doctrinal.

No me negarán nuestros apologistas clericales que les concedo todas aquellas cosas que la Historia al parecer ha comprobado, contrarias a los reformadores. Aunque temo hallarme todavía sumergido en la atmósfera de pura calumnia que respiramos en nuestra juventud contra todo linaje de disidentes los que aprendimos la teología en las aulas españolas. Y aquí ni siquiera voy a hacerme eco de las grandes virtudes intelectuales y morales que supone en los reformadores llevar a cabo la obra magna a que me voy a referir en esta conferencia.

Esta es la característica de la Reforma protestante y de la Revolución francesa,—que al

fin fueron obras humanas,—en frente de la Redención, que fué obra enteramente divina. Anejo a la flaqueza humana es no creer que las obras grandes llevan consigo su interna fecundidad, e impacientes y egoístas nos salimos los hombres fácilmente de madre como ríos impetuosos, y, al querer gozar personalmente ya del fruto de nuestras concepciones y de nuestras obras, confiamos a la violencia y al ímpetu pasional, disconforme con las normas eternas de la virtud, la imposición de aquellas reformas y de aquellos troqueles nuevos que nuestra conciencia, en feliz hora iluminada, creyó necesarios para la sucesiva marcha de los negocios sobre los que nuestras concepciones versaron.

Estas reflexiones tienen un gran valor filosófico de la Historia. Es decir, que las obras no pueden juzgarse por los vicios de su origen histórico, que en nada vician de suyo sus orígenes doctrinales. Por eso me ha parecido siempre futilísimo el argumento de nuestros clericales, que combaten la Reforma protestante y la Revolución francesa por los desórdenes y excesos pasionales de sus progenitores. Siempre he llamado a este argumento, argumento de calumnia. Todas las obras grandes, he dicho, llevan consigo su interna fecundidad. Si no descuidamos su cultivo, ellas, protegidas por la mano de Dios, llevarán su

fruto a su debido tiempo. Hemos de tener la generosidad bastante para dejar de imprimir en ellas nuestra huella personal, y para no sacar nosotros personalmente los frutos de nuestros trabajos, si la precipitación de su impulso ha de mancharlas con defectos de origen y debilitar su propio vigor. Atribúyanse exclusivamente a Dios las obras, atribúyanse a las circunstancias, atribúyanse a otros hombres, si se quiere, aunque hayamos sido nosotros sus progenitores...; todo menos manchar nuestra vida de orgullo y de ambición; cubrir nuestros caminos de sangre; arrancar lágrimas de las conciencias violentadas; empañar nuestras doctrinas y la pureza de nuestras intenciones con el hálito de la pública maledicencia, inspirada por la general ignorancia y la general ambición, con detrimento de las almas pusilánimes. Esto es lo que no supieron hacer los padres de la Reforma y los padres de la Revolución francesa, y dieron pie a que de sus obras desedificantes dedujera la historia irreflexiva la falsedad y la maldad de los troqueles nuevos en que quisieron fundar la futura sociedad religiosa y la futura sociedad política. Y esto precisamente es lo que nosotros debemos aprender a hacer, aleccionados por el faro inmortal de la Historia: sacrificar nuestro orgullo, nuestro egoísmo, nuestros intereses personales en ho-

locausto de nuestra ideología y de nuestra rebeldía espiritual; regar el árbol de nuestras predicaciones y de nuestras propagandas revolucionarias con el riego maravilloso de una vida inmaculada, de unos procedimientos limpios de toda violencia, de toda demagogia, de toda fealdad.

* * *

Concomitantes históricos de la Reforma.

Dejando ya los orígenes históricos de la Reforma y de la Revolución francesa, a cuya influencia para juzgar de la Reforma misma y de la misma Revolución, debe conceder poca importancia el historiador imparcial, analicemos las realidades históricas que acompañaron a su institución, y las consecuencias históricas en los pueblos que las aceptaron. Nos ceñiremos a la Reforma.

La Reforma se propagó por Europa tan rápidamente como se propagó por el mundo el Cristianismo. El clero, el pueblo, los magnates, los doctores, las Universidades aceptaron rápidamente la Reforma, aunque se debatieran y sigan debatiéndose las diversas comunidades cristianas en un torbellino de diferencias y de doctrinas, que comentó desacertadamente Bossuet, para combatir sin éxito a la Reforma. Clero, pueblo, magnates, doctores, Universi-

dades proclamaron la necesidad urgente de reformarse cristianamente, de rebelarse contra Roma; y se reformaron y se rebelaron con la rapidez de la centella, como si se tratara de cosa largamente inspirada y preparada, como si se tratara de un apremio urgente, indomable del alma cristiana... envolviendo y arrastrando a los progenitores de la rebeldía, y yendo más allá tal vez de donde quisieron ir los mismos iniciadores del movimiento.

¿Qué quedó de Europa que no fuera arrollado por el gran movimiento de la Reforma? Solamente aquellas porciones exiguas donde el hierro y el fuego, manejados con extremada severidad, consiguieron ahogar externamente los gritos doloridos del alma cristiana, que no podía más con el yugo insoportable de la tiranía curial de Roma. Si la rapidez y extensión con que se propagó el cristianismo se considera con razón prueba de su divinidad, ¿por qué no hemos de conceder al movimiento de la Reforma una vigorosa virtualidad interna, un fondo amplio de verdad y de justicia, ante el hecho indiscutible de su rápida y extensísima propagación? ¿Con qué lógica concluímos la necesidad del Cristianismo por su rápida y extensa propagación, y negamos a la Reforma toda verdad y justicia cuando se presenta en el mundo y se propaga con la misma rapidez y extensión? ¿Es que las con-

diciones generales del alma humana eran distintas al tiempo de la propagación del Cristianismo, de como fueron al tiempo de la propagación de la Reforma? Pretenden explicar algunos historiadores católicos el hecho sorprendente de la propagación del Protestantismo, por la corrupción de Europa y la ceguera de los pueblos al tiempo de su advenimiento. «Los pueblos corrompidos y ciegos,—dicen estos historiadores—se dejaron arrastrar por aquella secta, fogosamente predicada por hombres exaltados, que halagaba sus pasiones, y contra la cual no estaban defendidos por una cultura suficiente». Aparte de que este argumento es espada de doble filo que puede esgrimirse contra ellos, porque se puede contestar que esa general corrupción y esa general ceguera tenía una causa general, y que esta causa general, que era el gran abuso de la autoridad espiritual, era precisamente la que venía a corregir la Reforma; aparte, digo, de este argumento, que no tenemos espacio para desarrollar, contestaremos con un argumento *ad hominem*.

Enseñanzas de Balmes.

Las dos más formidables armas que en el campo católico se han esgrimido en el terreno de la controversia contra el Protestantismo son, en el sentir de la mayoría de nues-

tros doctores, *La Historia de las Variaciones de la Iglesia Protestante,* de Bossuet, y *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización Europea,* de D. Jaime Balmes. Yo creo que nuestros doctores se equivocan; yo creo que ambas obras tienen una magnífica refutación dentro de nuestro propio campo católico. Pero, aceptadas como poderoso argumento *ad hominem*, he aquí cómo habla Balmes: «Si el hombre tiene cierta tendencia a la locura, más o menos graduada, también posee un fondo de buen sentido de que no le es posible desprenderse, y cuando en la sociedad se presentan algunos individuos de cabeza volcánica que se proponen convertirla en delirante, o les contesta con burlona sonrisa, o si se deja extraviar por un momento, vuelve luego en sí, y rechaza con indignación a aquellos que la habían descaminado. Para quien conozca a fondo al hombre serán siempre despreciables vulgaridades esas fogosas declamaciones contra las preocupaciones del vulgo, contra esa docilidad en seguir a otro hombre, contra esa facilidad en creerlo todo sin haber examinado nada.»

Hasta aquí Balmes. Por consiguiente es una despreciable vulgaridad, atribuir a corrupción y ceguera de los pueblos, la extensísima y rápida propagación del Protestantismo. Los pueblos no son suicidas. Podrán sufrir una

aberración aislada, limitada y pasajera. Pero, sufrirla a la vez pueblos tan numerosos, tan dilatados, de tan distintos intereses y de la mayor cultura, y sufrirla después de hecha experiencia y sufrirla tan prolongadamente a través de tantas vicisitudes de la Historia, y sin que hayan caído en la cuenta de tal extravío los numerosos hombres de ciencia que a la Reforma pertenecen, es cosa que no creerá posible un entendimiento razonador.

Luego es preciso concluir que no todo es falso, que no todo es inaceptable en la Reforma; sino que antes al contrario, es la Reforma de un fondo vigoroso de verdad y de justicia que no pueden destruir todas las maquinaciones que un celo mal entendido por la defensa de la Religión Católica ha inspirado a muchos de nuestros controversistas.

Esta doctrina la confirma el mismo Balmes en otro pasaje de su citada obra, con estas otras palabras: «A fuerza de lecturas corrompidas—dice,—de meditaciones extravagantes, de esfuerzos continuados, puede uno que otro individuo sofocar los más vivos sentimientos de su corazón, acallar los clamores de su conciencia y desentenderse de las preciosas amonestaciones del sentido común; pero un pueblo, no; un pueblo conserva siempre un gran fondo de candor y docilidad que, en medio de los más funestos extravíos y aun de los

crímenes más atroces, le hace prestar atento oído a las inspiraciones de la naturaleza. Por más corrompidos que sean los hombres en sus costumbres, por más extraviadas que sean sus opiniones, son siempre pocos los que de propósito han luchado mucho consigo mismos por arrancar de sus corazones aquel abundante germen de buenos sentimientos, aquel precioso semillero de buenas ideas, con que la mano próvida del Criador ha cuidado de enriquecer nuestras almas. La expansión del fuego de las pasiones produce, es verdad, lamentables desvanecimientos, tal vez explosiones terribles; pero pasado el calor, el hombre vuelve a entrar en sí mismo y deja de nuevo accesible su alma a los acentos de la razón y de la virtud. Estudiando con atención la sociedad, se nota que por fortuna es poco abundante aquella casta de hombres que se hallan como pertrechados contra los asaltos de la verdad y del bien; que responden con una frívola cavilación a las reconvenciones del buen sentido, que oponen un frío estoicismo a las más dulces y generosas inspiraciones de la naturaleza y que ostentan, como modelo de filosofía, de firmeza y de elevación de alma, la ignorancia, la obstinación y la avidez de un corazón helado. El común de los hombres es más sencillo, más cándido, más natural; y, por tanto, mal puede avenirse con un sistema

de ateísmo o de indiferencia. Podrá semejante sistema señorearse del orgulloso ánimo de algún sabio soñador, podrá cundir como una convicción muy cómoda en las disipaciones de la mocedad; en tiempos muy revueltos podrá extenderse a un cierto círculo de cabezas volcánicas; pero establecerse tranquilamente en medio de una sociedad, formar su estado normal, eso no sucederá jamás.»

Consecuencias de la propagación del Protestantismo.

Hasta aquí nuestro sabio apologista Balmes.

Luego nosotros los católicos, a la luz de la doctrina misma de nuestros mayores apologistas, no podemos hacer otra cosa ante el hecho de la Reforma que descubrirnos y afirmar, que, cuando pueblos tan sanos como Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Holanda, Suiza, etc., aceptaron *como un estado normal* la Reforma, inspiraron en ella los nuevos dictámenes de su vida, aquietaron sus conciencias en la situación espiritual nueva por ella creada, no pudo ser la Reforma obra de la pasión y de la ceguera, sino algo muy serio y muy trascendental, algo reclamado por la naturaleza humana, algo que en vez de merecer censura y excomunión, merece respeto, estudio, colaboración. Verdad es que la pos-

terior reacción católica en los mismos países, los grandes progresos posteriores del catolicismo en Alemania, Estados Unidos de Norte América, Holanda, Inglaterra, etc., nos hace contener y afirmar, a la luz del mismo criterio histórico, que, si antes la Iglesia Católica había en su humana organización llegado más allá de las normas dictadas por el Evangelio, la reacción de las Reformas llegó también más allá por natural deficiencia del alma humana, la cual, aprovechando las serias lecciones de unas y otras situaciones religiosas, en un vaivén sereno indicador de flexibilidad y de vida, a fuerza de reacciones y de contrarreaciones, cada vez menos violentas y más aproximadas a la verdad pura, busca su definitivo equilibrio y su unión definitiva en Cristo Dios, su Maestro y Señor. Pero ello es cierto: que no nos es lícito a los católicos lanzar contra la Reforma los dicterios de abominación y de repulsa que ha sido la costumbre de la Escuela Católica; como tampoco es lícito a la Escuela Protestante abominar de la Iglesia Católica; sino que, siendo unas y otras situaciones religiosas posturas muy serias en el continuado movimiento ascensional del alma humana hacia Dios, en medio de los dificultosos caminos de la vida, debe establecerse entre protestantes y católicos intensas corrientes de sincera y

amorosa inteligencia, sin ásperas intransigencias, sin orgullosas impenitencias, en la seguridad de que todos tenemos que corregir, que reformar, en la seguridad de que nuestras respectivas escuelas distan todavía mucho de acoplarse perfectamente al Evangelio; y por grande que sea nuestra buena fe y nuestra tranquilidad de conciencia en nuestra postura presente, buena fe y tranquilidad que no causan más que nuestra salvación individual, futuros estudios y futuras iluminaciones del Señor, que conseguirán nuestras perseverantes oraciones, nos alumbrarán nuevos caminos, los caminos de la aproximación y de la unidad de un solo rebaño bajo un solo pastor.

Estas son las lecciones que se deducen del hecho histórico de la propagación del Protestantismo.

* * *

Otro fenómeno histórico de la Reforma.

Hay otro fenómeno histórico importantísimo, anejo a la Reforma. Y es, que las naciones más prósperas de la tierra, son las naciones donde fué aceptada la Reforma como un estado normal religioso. Y el gran progreso europeo data precisamente desde el momento de la Reforma. Ya lo reconoce así expresamente Balmes. Pero dice que, al atribuir este

extraordinario desarrollo de la civilización europea a partir de los días de la Reforma a la misma Reforma, cometemos el sofisma de *post hoc, ergo propter hoc,* es decir, el sofisma de afirmar que un suceso que sigue en tiempo a otro es efecto de él. Ciertamente, una cosa muy distinta es la sucesión de tiempo y otra la sucesión de naturaleza. Puede muy bien un fenómeno seguir a otro, e inmediatamente a él, sin que tenga con el mismo ninguna relación de causa o efecto.

Inconsecuencias de Balmes.

Pero D. Jaime Balmes se olvidó, al escribir *El Protestantismo*, de lo que había escrito en el *Criterio* sobre la coexistencia y la sucesión, enseñando aquí dos reglas sapientísimas, que dicen de esta manera:

1.ª Cuando una experiencia constante y dilatada nos muestra dos objetos existentes a un mismo tiempo, de tal suerte que presentándose el uno se presenta también el otro, y en faltando el uno falta también el otro, podemos juzgar sin temor de equivocarnos que tienen entre sí algún enlace; y por tanto, de la existencia del uno inferimos legítimamente la existencia del otro.

2.ª Si dos objetos se suceden indefectiblemente, de suerte que, puesto el primero, siem-

pre se haya visto que seguía el segundo, y que al existir éste, siempre se haya notado la precedencia de aquél, podremos deducir con certeza que tienen entre sí alguna dependencia.

A la luz de este criterio analicemos las relaciones de coexistencia y sucesión del progreso europeo y la Reforma.

Constantemente, desde la Reforma acá hemos observado la aparición de ese progreso allí donde había aparecido la Reforma, y la parálisis de él allí donde la Reforma había sido ahogada en sangre. ¿Desde cuándo datan, si no, los maravillosos movimientos ascensionales de la pujante civilización de Alemania, Inglaterra, Holanda, Suecia, Dinamarca, Suiza, etcétera, naciones donde llenamente fué aceptada la Reforma? ¿Desde cuándo data la decadencia de España, Italia, Portugal, Austria, Hungría, etc., naciones donde la Reforma fué rechazada? ¿No son también de primera categoría Francia y Bélgica, donde fué asímismo extensamente aceptada la influencia de la Reforma? ¿De dónde salieron desde el fin del siglo XVII acá, los grandes pensadores, los grandes artistas, los grandes exploradores, los grandes navegantes, los grandes colonizadores, los grandes descubridores, los mayores hombres de ciencia, los inventos científicos, los progresos gigantescos en todos los ramos del saber, de la industria y del comercio humano, sino de Alemania, Inglaterra, Francia, Holanda, Suecia, Suiza, etc.? ¿No se pararon en seco y fueron luego decreciendo rápidamente España, Portugal, Italia, Hungría, etc., países católicos?

En América no puede presentarse el fenómeno histórico de manera más sorprendente. ¿Dónde se refugió en América todo el poder, toda la riqueza, todo el saber, toda la audacia, toda la fuerza, toda la magnificencia..., sino en los Estados Unidos de Norte-América, país engendrado con emigración protestante, nacido al calor del espíritu de la Reforma, donde la gran mayoría profesa la religión reformada? ¿Qué significan a su lado cada una de las otras repúblicas americanas ni siquiera todas juntas, de esas repúblicas engendradas por la emigración católica de España, Italia y Portugal, nacidas al calor de la Iglesia Católica, a pesar de su más larga historia y de su anterior civilización?

¿No se ha observado aquí, explicando las citadas reglas de Balmes, que el progreso ha sucedido indefectiblemente a la Reforma, y que puesta ésta ha sucedido siempre aquél, y que donde ha faltado la Reforma se ha estacionado constantemente el progreso?

Luego el gigantesco progreso de la civilización mundial a partir del siglo XVII, hemos

de concluír con legítima lógica balmesiana, que se debe a la Reforma.

Momento grave de la conciencia católica.

Esta observación histórica es muy grave para nosotros los católicos. Es de una magnitud tal esta realidad, que nuestra conciencia católica puesta en frente de ella sufre verdadero espanto. Pero, nuestro deber es reconocerla lealmente; las realidades todas son obra de la mano de Dios, y el camino seguro para hallar a Dios son las huellas de sus obras. Es empeño loco querer cerrar los ojos a la luz y retorcerse para desfigurar la verdad. Cuando las realidades nos abruman, el recurso que nos queda no es rechazarlas, sino alzar al cielo los ojos y pedirle a Dios con el Salmista que nos envíe su luz para que lleguemos a su monte santo y a sus tabernáculos; y en lo humano, reconcentrarnos en el santuario de nuestra conciencia y meditar, estudiar, buscar serena y pausadamente la explicación adecuada al fenómeno que nos abruma.

Yo no he de exponer ahora el proceso interno de mi espíritu para conciliar mi sincera confesión católica con la magnitud del fenómeno histórico que acabo de reconocer con toda lealtad. Tal vez sería útil la exposición; más: siento el deber de hacerla, un día u otro,

más bien en libros que en cursos de conferencias. Acaricio la idea de refutar en una obra sola las obras de Bossuet y de Balmes, y allí sería la ocasión oportuna para esta exposición. Temo que la carencia de medios, que ha reducido mi actividad a su expresión centesimal, deje el propósito en la categoría de los simples buenos deseos...

Pero...; la Reforma debió su fecundidad a la doctrina cristiana que había civilizado a Europa. Esta divina doctrina tiene un principio fundamental para el progreso de los pueblos, el que más principalmente influye en este progreso. Este principio es el gran principio de la libertad cristiana. Esta libertad cristiana había sido enormemente quebrantada por la sed inextinguible de humana dominación que ha caracterizado siempre a la Curia Romana, por exageración extremada del Primado del Papa. Aunque la Iglesia Romana, según nuestro criterio católico, había conservado y conserva la pureza de la doctrina sustancial, cohibió y limitó disciplinarmente y por tolerancias con abominables escuelas, de tal manera la libertad cristiana, base, como he dicho, de la prosperidad de los pueblos, que la llama de Cristo se extinguía en las almas, el espíritu perdía vigor y el Evangelio eficacia. Rompió la Reforma las cadenas Romanas, y, aunque en el ardor de la refriega y en el natural

empuje de la reacción contra una presión secular, saltase—según nuestro entender católico —las barreras doctrinales y errase en algunos principios menos influyentes en la vida activa, quitó de las almas los grilletes opresores y permitió que obrase en ellas con toda su fecundidad el ideal cristiano encendido en los quince anteriores siglos de la Iglesia. En torno de esta concepción gira la explicación que los católicos sinceros damos del aplastante fenómeno histórico que venimos estudiando, para conciliar nuestra integridad católica con nuestro fervor por la Reforma.

Nerviosidad de Balmes.
La Reforma
y el Renacimiento.

Sentía Balmes todo el peso del argumento del progreso europeo en favor de la Reforma, y dándole vueltas al asunto, exclamaba nervioso: «¿Qué provecho trajo el Protestantismo a la erudición? Ninguno. La encontró ya amontonada; lo probaré de una manera bien sencilla; brillaban a la sazón Erasmo y Luis Vives» ¡Cómo pierde la serenidad en su obra *El Protestantismo* el sereno y maravilloso autor de *El Criterio!*

¿No eran Erasmo y Luis Vives unos gigantes reformadores? La suprema elegancia espiritual y el culminante prestigio de Erasmo y

de Luis Vives no les permitieron mezclar su nombre en los feos orígenes históricos de la Reforma ni menos uncirse al carro de Lutero, Zuinglio, Calvino, Bucero, Ecolampadio, Enrique VIII y Cramner, a quienes se creían ellos muy superiores y cuyas destemplanzas molestaban su espíritu refinadamente ateniense.

Pero, ¿no son las doctrinas de Erasmo y de Luis Vives productoras de gigante rebeldía contra Roma? ¿No son Erasmo y Luis Vives príncipes renacentistas, enemigos declarados de la Escuela Católica, aunque respetuosos y acatadores de la Iglesia Católica? Toda la erudición anterior a la Reforma es obra del Renacimiento, y el Renacimiento es la aurora y precursor de la Reforma; el Renacimiento preparó a Europa en la rebeldía contra la entonces vigente tiranía espiritual y por él halló Lutero eco en su declaración de guerra. El Renacimiento llenó el suelo de Europa de pólvora explosiva; Lutero y los demás correformadores no hicieron sino aplicar la chispa a esa pólvora acumulada. La Reforma es hija del Renacimiento, y lo que a los renacientes se atribuye, debe atribuirse *in causa* a los reformadores...

Es inútil revolverse contra el aguijón de la verdad. Todo se lo debe Europa al espíritu cristiano y, por lo que a los tiempos modernos se refiere, por lo que se refiere al colosal

impulso de la civilización de Europa y la del mundo entero después en los tiempos modernos, todo se lo debe Europa y el mundo a ese espíritu cristiano visto a través de la Reforma, en su amplio sentido considerada, es decir, al Protestantismo y a su padre el Renacimiento.

El vigor interno de la Reforma.

Admitido, por los fenómenos históricos, el hecho indiscutible del poderoso vigor interno de la Reforma, ocurre preguntar: ¿A qué debe la Reforma ese vigor? ¿Cuál es el principio fundamental de la Reforma? ¿Por dónde influye la Reforma en las almas hasta el punto de multiplicar su vigor y crear por ello sociedades más pujantes y más perfectas?

Evidentemente el vigor de la Reforma está en su doctrina, como el vigor incalculable del Evangelio procede de la profunda sabiduría de sus páginas, que hallan eco en la naturaleza humana purificada y fortalecida por la divina gracia. Su doctrina es su fortaleza; sea doctrina expresa y sistematizadamente expuesta, sea doctrina contenida en toda la trama de su actuación y desenvolvimiento.

¿Y cuál es la doctrina de la Reforma? Henos aquí sumergidos en un infranqueable laberinto, si hemos de atenernos a las obras que dejaron escritas los progenitores del Protestantismo y a las inacabables controversias entre ellos. Un torbellino de proposiciones, de doctrinas, de contradicciones, de debilidades, de confusas predicaciones hacen extremadamente molesto el seguimiento de los primeros pasos del Protestantismo en el mundo.

En sus obras *Teología alemana*, *Sermón sobre la excomunión*, *Sobre la misa*, *De la Cautividad de Babilonia*, etc., sienta Lutero un sistema teológico, cuyos puntos principales de vista son los siguientes:

1.° En todas las cosas impera una necesidad ineludible que tiene su raíz en la divinidad; por cuya razón todo acto humano es en realidad obra de Dios solamente; el hombre carece de libertad, lo mismo en el estado caído que en el de la gracia, no pudiendo cumplir los preceptos divinos; el pecado no se ha borrado después de la redención, sino que más bien va unido a todos los actos que ejecuta el hombre, de suerte que el justo peca también en todas las buenas obras que hace.

2.° El estado de inocencia de nuestros primeros padres es, no solo un estado natural, sino que es esencial a la naturaleza humana; por lo que, al perderle el hombre por el pecado, ha perdido una parte integrante de su ser, recibiendo, en cambio, otra cosa también esencial, pero opuesta. El hombre caído ha

quedado transformado en un ser malo que con sus solas fuerzas no puede hacer más que pecar. Todos los pecados son manifestaciones y frutos del pecado original; por eso todos los actos de los paganos son pecados.

3.° Cuando el pecador, mediante la predicación de la ley divina, a la cual sabe que falta constantemente, cobra temor y se ve arrastrado a la desesperación, se le anuncia el Evangelio y con él la consoladora seguridad de que Jesucristo ha borrado los pecados del mundo; poseído de temor y presa de terrible angustia se agarra a los méritos del Salvador mediante la fe que por sí sola justifica, y, en virtud de dichos méritos, Dios le declara justificado, aunque en realidad no lo está. Toda la obra de la regeneración es operación divina, en la que el hombre es un ser meramente pasivo. De esta manera no existe la posibilidad de que el hombre pueda vanagloriarse de sus propios méritos, a pesar de lo cual el individuo creyente tiene certeza de su salvación.

4.° Como quiera que la fe por sí sola justifica, los sacramentos no pueden ser órganos y condiciones de la gracia justificante, quedando reducidos a simples símbolos o signos de la fe en la promesa de que Dios ha perdonado nuestros pecados por los méritos de Cristo, y nos ha adoptado por hijos; no tienen carácter

alguno objetivo, por lo que su eficacia depende de la fe subjetiva del que los recibe, no siendo, por tanto, esencialmente diferentes los sacramentos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

5.° Los Sacramentos solo son tres, y aun éstos no son indispensables, a saber: el Bautismo, que es sello y garantía del perdón de los pecados; la Cena, sobre la que expone Lutero diferentes teorías, según los tiempos, en todos los cuales rechaza la transubstanciación y recusa el sacrificio de la Misa, y la Penitencia, de la que solo forman parte el temor de la conciencia y la fe, quedando reducida la absolución a un simple anuncio del perdón de los pecados que puede percibir dentro de sí todo cristiano.

6.° El estado eclesiástico, en general, y la jerarquía, especialmente el Primado pontificio, no solo pueden suprimirse, sino que deben abolirse, puesto que se conceden iguales atribuciones sacerdotales a todos los cristianos y todos se hallan investidos de las mismas facultades, en cuanto a la palabra y a los Sacramentos. Niégase también todo poder y autoridad a los concilios y, en su consecuencia, se califica de injusta la sentencia por la que condenó a Hus el de Constanza; las excomuniones no ejercen influencia alguna en la vida religiosa y más bien deben desearse que temerse.

7.° Niégase en el sistema luterano toda

eficacia a las obras externas, a las prácticas de penitencia, a los votos y a las indulgencias, y se condena todo el conjunto de leyes prácticas del cristianismo, incluso el castigo de los herejes y la guerra contra los turcos, los cuales actos se califican de oposición a las penalidades que Dios nos envía.

8.° Al principio se admitió la existencia del Purgatorio, más tarde se niega, alegando que no puede probarse con testimonios de los libros canónicos y que se opone a la misma obra de Jesucristo, que por sí solo, sin la cooperación del hombre, salva las almas.

9.° Es ociosa y estéril la idea de la intercesión de los santos; es recomendable la imitación de los justos, pero no se les debe invocar, porque no puede haber otro mediador que Jesucristo.

Tal es, en resumen, el sistema teológico luterano.

Variaciones doctrinales de la Reforma.

Pero, esta doctrina del padre de la Reforma, ¿es la doctrina de la Reforma? Muy lejos de la verdad.

Muy pronto surgieron los anabaptistas, atacando el bautismo de los niños; el propio Lutero, el año 1522 en Wittemberg, volvió a restablecer la confesión, la elevación de la Sagrada Hostia y la administración de la Eucaristía en la forma usada por la Iglesia.

En el mismo año de 1522 vemos a Carlostadio, fervoroso luterano hasta entonces, hombre de *incomparable penetración teológica* según Lutero, alzarse contra la presencia real de Cristo en la Eucaristía, por lo cual fué perseguido duramente por su jefe. Enrique VIII combate la teología luterana, calificando a Lutero de hereje. Erasmo se alza contra la teoría luterana del libre albedrío. Zuinglio construye un sistema teológico, enteramente distinto del luterano, basado en un panteísmo fatalista, más cercano de los maniqueos y viclefistas que del reformador alemán, negando como Carlostadio la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Surge también el semiluteranismo con Alberto Pigghe, Juan Gropper y Bucero, sobre la base de una nueva teoría de la justificación. Calvino, alzado asímismo en jefe de Iglesia, construyó una nueva teología sobre la confusión de doctrinas luteranas y de doctrinas zuinglianas, aunque fué más consecuente que Lutero y Zuinglio... Sería inacabable este relato.

Cortedad de Bossuet.

Tan grande choque y encuentro de doctrinas y de teologías, crearon diferentes escuelas dentro del campo de la Reforma con verda-

deras diferencia de fondo y de esencia; y así surgieron: anabaptistas, bohemianos, calvinistas, luteranos, sacramentarios, zuinglíanos, exguizaros, puritanos, arminianos, contraremonstrantes, socinianos, presbiterianos, episcopales, bautistas, metodistas, etc.; multiplicación de teologías y de escuelas que inspiraron a Bossuet el célebre entimema «Varias; luego no eres la verdad», que dió lugar a su celebrada obra sobre las *Variaciones de la Iglesia Protestante.* Pero Bossuet fué poco perspicaz al enjuiciar la Reforma. Bossuet no cayó en la cuenta de que todos los reformados, lo mismo que sus parientes y antepasados, a quienes los reformados celebran, como valdenses, husitas, etcétera, tienen un denominador común, que es la fuerza de la Reforma y lo que da unidad a la Cristiandad reformada; es decir, tienen unidad de Maestro Divino y de Evangelio, y de la rebeldía contra Roma. Bossuet no cayó en la cuenta de que, proclamada la rebeldía contra la tiranía espiritual de Roma, era natural que estallara el pensamiento humano y se derramara en inacabables controversias acerca de las cuestiones mil en que se agitaba la Escuela Teológica. Las innumerables simplezas de la escolástica, los abusos del Poder Espiritual y del ambiente predominante que imponía coactivamente como dogmas puras cavilaciones o por lo menos muy discutibles

lucubraciones sobre puntos de Teología y disciplina canónica, tenían cansados y aburridos a los entendimientos, que pensaban ya desde hacía mucho tiempo en multitud de cosas contrariamente a la corriente oficial, y aun se decía y susurraba en el seno de los claustros universitarios, conventuales y catedralicios lo que internamente se pensaba, pero que nadie se atrevía a formular en público, o solo algunos contados audaces, que perecían en la repulsa oficial o en la repulsa social o en la cárcel o en la hoguera. Las múltiples y agitadas controversias en el seno de las escuelas cristianas y el inacabable distinguir y contradistinguir que caracteriza las obras teológicas y canónicas de los siglos XIII, XIV y XV, hacían presagiar la tormenta, hacían presagiar, que, estallando el pensamiento humano, habría de sufrir una dispersión en infinito fraccionamiento la gran familia teológico-cristiana; hacían presagiar, que en reventando sus diques el agitado pantano de la Escuela, se habrían de derramar vertiginosamente sus aguas por todos los infinitos puntos del horizonte, y que habían de tardar siglos enteros en volverse a reunir tranquilas al amor de cauces naturales, para formar el puro cristal donde se reflejara serena la bella imagen de los cielos.

Ni las escuelas luteranas, ni las calvinistas, ni las zuinglianas... son la Reforma. Conte-

niendo todas ellas grandes verdades y grandes errores, no son las diferentes escuelas sino episodios distintos de la Reforma. La Reforma, el gran acontecimiento histórico que hoy celebramos, es un fenómeno histórico de audacia, es el impulso varonil que lanzó a los que susurraban y murmuraban a la sombra de los claustros universitarios, conventuales y catedralicios, en indigno comadreo, al aire y al sol de la calle, desafiando los prejuicios sociales, desafiando la coacción oficial, desafiando los rayos de Roma. La gran Reforma es la rotura del robusto dique inhumano que mantenía encharcadas las conciencias y las doctrinas cristianas en perpetua putrefacción. La gran Reforma fué el toque del clarín guerrero que les dijo a los hombres que se agitaban inquietos, atormentados bajo los grilletes de una Roma ensoberbecida, escarnecedora de las augustas prerrogativas de Pedro: «Alzaos sobre vosotros mismos; haced un esfuerzo supremo; romped esos hierros; salvaos; marchad; ahí tenéis un faro, un punto luminoso adonde habéis de concurrir todos, un faro sobre la cumbre del monte de la vida que os alumbrará vuestros caminos y comunicará definitiva unidad de dirección a vuestros pasos. He ahí al Maestro; he ahí su Evangelio. La rotura misma de los hierros os hará derramar sangre; en los abrojos agudísimos de los caminos de la

vida dejaréis jirones de vuestra carne; os agitaréis en dudas, en vacilaciones; os heriréis en violentos encontronazos los unos contra los otros en los diversos episodios de vuestra marcha... Pero no dejéis de mirar al cielo, no dejéis de tener vuestros ojos fijos en el gran faro de la Historia, Cristo Jesús, que él os unirá por fin... En la lucha se purificará vuestra vida, se encenderá la Luz de vuestra conciencia, se robustecerán vuestros miembros; en vuestros inevitables y momentáneos derrumbamientos os alzará de nuevo más pujantes la atracción del faro eterno de la Historia, que jamás dejará de brillar sobre vuestras cabezas y jamás dejará de ejercer sobre el alma humana una invencible seducción, una orientación universal indomable hacia la verdad y el bien en el cumplimiento de la ley inevitable de toda vida, sea vida orgánica, psíquica o moral, que es movimiento, vaivén, alternativo desgaste y reparación, crecimiento, ascensión, decadencia y resurgimiento nuevo... No temáis, salid del estancamiento, de la esclavitud espiritual a merced de las ambiciones imperialistas de la gran ramera, que os lanzará sus anatemas y excomuniones, sus retorcidas maldiciones como de gitana o hechicera...

El porvenir es de Cristo; pero de Cristo libremente predicado, libremente confesado, libremente amado, libremente seguido; que es

tal su divina virtud, tal y tan dulce su divina soberanía, que siempre el mundo, esencialmente cristiano, responderá con abundancia de predicadores, con ejército de confesores, con legión de amadores, con número incontable de sinceros seguidores.»

Así habló al universo el gran clarín de la Reforma. El ímpetu humano reformador avanzó, como he dicho, más allá de donde debía, como natural reacción contra una presión secular iniciada en los días infaustos de Constantino. En la avalancha contra la Roma imperial tonsurada, guarida de todas las ambiciones, asilo de todos los intrigantes, campo especial de cultivo de los siete pecados capitales, que no se extiende solo a la pequeña porción de Italia, cabeza del clericalismo universal, sino a toda la burocracia católica de la tierra sojuzgada por la gran ramera; en la avalancha, digo, contra la Roma imperial tonsurada envolvió la Reforma con desacierto la suave soberanía de Pedro, la bien entendida primacía papal..., y se desató en invectivas groseras y violentísimas contra el Papa... Pero, no importa; el ímpetu demagógico amengua; brilla ya el iris de la calma en el horizonte del mundo cristiano... Sin la Reforma, Europa hubiera ya perdido el hábito de pensar, coaccionada a pensar a tenor de la pauta de la Roma imperial; el hombre que no

piensa, que deposita sobre otro la responsabilidad de pensar, se empereza primero, se idiotiza después, mata el aguijón de la conciencia, abdica fácilmente de la personalidad, y acaba por buscar en los placeres viciosos la compensación de tan grandes bienes cedidos a la voracidad del tirano, el cual, por otra parte, se halla bien con la corrupción de sus víctimas. La Reforma obligó al hombre a pensar, a cargar sobre sí mismo la responsabilidad de pensar; aguijoneó su conciencia, lo incorporó sobre su personalidad durante tantos siglos escarnecida, y comunicó a las sociedades reformadas ese tono de seriedad, de responsabilidad, de solvencia moral, que es la característica de las razas sajona, germana y escandinava, actuales señoras del orbe. ¡Oh feliz indisciplina, oh feliz rebeldía, que tan grandes frutos de civilización produjiste en las sociedades modernas! Al lado de tanto bien son fácilmente perdonables las fealdades de origen y los extravíos doctrinales, que, por otro lado, son aceptados por la mayor parte de los protestantes de la mejor buena fe.

Lejos de serme repulsivo, a mí ordinariamente me es francamente simpático el hereje. Porque no es el error doctrinal lo que hay que ver en el hereje, pues que el error doctrinal que han profesado algunos hombres y arrostrado po su exteriorización graves difi-

cultades, ha sido casi siempre error profesado de buena fe; que el egoísmo humano se resiste de ordinario a sufrir quebrantos por una doctrina, si no tiene por ella la más fervorosa adhesión; lo que hay que ver en el hereje es la valentia de profesar públicamente contra viento y marea lo que tantos otros profesan en la obscuridad falseando su postura exterior.

En España, por ejemplo, la mayor parte de los que oficialmente se llaman católicos y se someten externamente a los ritos de la Iglesia Católica, ni son católicos ni son cristianos siquiera, sino unos puros escépticos, cuando no unos irreverentes burladores de lo que exteriormente practican. ¿No es más leal y más simpática la postura del protestante que, aunque rechace algunas de las tesis impuestas dogmáticamente por la Iglesia Católica, procede de la mejor buena fe, y en lo demás de su vida es delicadamente religioso, sinceramente practicante de la religión cristiana, sufriendo resignado por el amor de su fe cuantas vejaciones quieran cometer contra él la farsa repugnante que le rodea?

Yo no cejaré de difundir entre mi iglesia, y gracias a Dios he conseguido ya positivos resultados, a pesar de las extremadas limitaciones con que nos vemos obligados a proceder en la hora presente; no cesaré, repito, de difundir entre mi iglesia ese espíritu de con-

cordia, aproximación y colaboración con los evangélicos en la obra de cristianización sincera de la sociedad; no cesaré de propugnar la abolición de la excomunión ridícula y anticristiana que sobre ellos pesa, no solo la excomunión oficial, sino, lo que es más importante, la funesta excomunión social.

Y quiera Dios, que cada año, al celebrarse el aniversario de la Reforma podamos señalar un visible avance hacia la unidad saludable de la Cristiandad entera bajo el cetro suavísimo de Cristo Rey, de quien únicamente puede venir la universal salvación.

HE DICHO